

LA NACIÓN ANTILLANA: ¿HISTORIA O FICCIÓN?

Gervasio L. García

Resumen

Este ensayo cuestiona la tesis de Benedict Anderson de que la nación es una comunidad imaginada. Además, el texto recalca el contraste entre la nación de molde europeo y su apropiación en las márgenes. Con la ayuda del ejemplo cubano —cubanistas versus anexionistas del siglo XIX— se critican varias generalidades sobre el nacionalismo y la identidad en el contexto colonial. Y exhorta a repensar la nación como un problema que reclama soluciones frescas.

Palabras claves: nación, imaginación, racismo, anexionismo, identidad

Abstract

This essay questions Benedict Anderson's thesis that denies the historical validity of the nation because it is an imagined artifact. The text also stresses the contrast between the European trademark of the nation and the nation constructed outside of Europe. With the help of the Cuban case —cubanists versus annexationists in the 19th century— it criticizes various generalizations of the concepts of nationalism and identity in the colonial context. It also ask to consider the nation as a problem in need of fresh answers.

Keywords: nation, imagination, racism, annexationism, identity

Hoy se da un énfasis fantástico a las políticas de identidad nacional y, en gran medida, este énfasis es el resultado de la experiencia imperial.

Edward W. Said¹

La nación es sueño, y los sueños nacionales son, las más de las veces, una pesadilla. Es una manera de resumir el arranque y la conclusión de *Comunidades imaginadas* (1983) de Benedict Anderson.² Desde su publicación muchas historias flotan en estado de ensoñación, si nos dejamos llevar por algunos títulos de libros, artículos, simposios y congresos de años recientes, tales como “identidades imaginadas”, “imágenes e imaginarios”, “la nación soñada”, “la unidad imaginada del nacionalismo español”, “la imaginación del nacionalismo gallego”, “nacionalismo/regionalismo andaluz ¿una invención de laboratorio?”, “inventando tradiciones”, “los mitos fundacionales y la unidad imaginada del nacionalismo español”, y, entre otros, “la invención de España”.

Como los discípulos a veces superan a los maestros, un admirador de Anderson llega a decir que el nacionalismo es más emoción que imaginación y, sobre todo, es un “acto prerreflexivo”:

Los nacionalistas no dependen de una representación para identificarse, les basta con sentir su propio cuerpo porque el reconocimiento de la identidad nacional es un acto prerreflexivo. El nacionalismo es una emoción, pero una emoción experimentada por el cuerpo, entendido éste como la

¹ Edward W. Said, “The Politics of Knowledge”, *Reflections on Exile*. Cambridge, Harvard University Press, 2002, p. 376.

² Benedict Anderson, *Imagined Communities*. London, Verso, 1991. La primera edición es de 1983.

unidad de cuerpo y mente. La comprensión del fenómeno del nacionalismo requiere, por tanto, analizar la producción de un cuerpo que genera emociones nacionales. Hemos de buscar la emoción nacional en el cuerpo, sobre todo, si queremos, como pretende Anderson, entender, la “legitimidad emocional tan profunda” que tienen los nacionalismos hoy en día”.³

Las emociones y los afectos son importantes para la nación y para la vida pero es inaceptable el reducir la complejidad de la nación a una emoción.

Otros autores recalcan que la nación se construye a un elevado costo humano. Si nos dejamos llevar por el excelente número de *Historia Social* dedicado a “la construcción imaginaria de las comunidades nacionales” o por *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, impresionante obra de erudición de José Álvarez Junco –por mencionar dos ejemplos cercanos- más que de figuraciones abstractas se habla de desgarradores proyectos nacionales, a menudo al precio de pilas de cadáveres, de incontables atrocidades y de inservibles y chocantes distorsiones intelectuales.⁴

Quizás es ese pasado sórdido de muchas naciones, y de algunos tramos de la propia, lo que provoca una pelea en el ánimo de Álvarez Junco, quien en la introducción, desalineada con el resto de *Mater Dolorosa...*, exclama: “Las naciones no se sostienen desde el punto de vista intelectual, pero son atractivas desde el existencial, como lo son las creencias mágicas o las religiones, mundo al que, en definitiva, pertenece el fenómeno nacional. Como la religión o la familia, la nación es un lazo íntimo, personal, sobre el que no se razona”.⁵ Además, afirma

³ José Javier Díaz Freire, “El cuerpo de Aitor: emoción y discurso en la creación de la comunidad nacional vasca”, *Historia Social*, núm. 40, 2001, pp. 79-80.

⁴ *Historia Social*. núm. 40, 2001; José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid, Taurus, 2001.

⁵ *Ibid.*, p. 24. Es cierto que la religión ocupa un lugar central en muchos nacionalismos, pero religión y nacionalismo no son idénticos. La religión es anterior al nacionalismo y no necesita de éste para desplegar su peso histórico, sobre todo en los casos bárbaros de las “limpiezas étnicas” en las que la religión impera sobre el nacionalismo. Ver la crítica de la confusión entre religión y nacionalismo en Jack Goody, “Bitter Icons”, *New Left Review*, vol. 7, Jan-Feb, 2001, pp. 5-15. Examinar también el poderoso análisis sobre el papel de la religión en los orígenes y etapas posteriores del

también en su introito que “el nacionalismo... me parece un sentimiento humano y respetable”.⁶

A estas alturas no sólo perdura el debate en torno a la nación sino que, dos décadas después de la salida del libro de Anderson, continúa reiterándose la hipótesis de la nación como “la imagen de algo que no existe o no está presente”, salvo en la mente del imaginador y en los insondables sentimientos y emociones de cada uno. Por ese rumbo, imaginar la nación implica negarla, como si la imaginación no fuera pieza necesaria de las patrias históricas. El historiador enfrenta los fragmentos del pasado —los hechos que se derivan de los documentos y de otras fuentes complementarias— con una hipótesis (con la imaginación razonada que los une y les da sentido). El pasado no nos llega organizadito y descifrado sino incompleto y fragmentado. Por lo tanto, toda explicación es una construcción (un invento, una creación) producto de la imaginación como descubrimiento de lo que es real, pero no evidente. Es la totalidad de lo no dado, de lo inacabado, de lo hecho a retazos. En este ensayo la clave está en el momento en que la nación —cubana, en nuestro caso— se defiende, y quién y por qué la defiende. Por eso, creo que, como veremos más adelante, las naciones de José Antonio Saco, el “cubanista”, y de Gaspar Betancourt Cisneros, el anexionista, son inaceptables no por imaginadas sino por racistas, intolerantes de la nación multicolor que tienen de frente.

El nacionalismo de marca capitalista generó en Europa su negación desde la crítica socialista y anarquista, favorecedora de un mundo solidario, sin fronteras que dividieran a la humanidad trabajadora en patrias hostiles. Por el contrario, en las márgenes el colonialismo exigió al dominado, entre otros recursos, combatir al dominador con sus propias armas, apropiándose de su modelo de nación-estado para reclamar “la igualdad de derechos, de dignidad

nacionalismo inglés y de otros grupos étnicos en Adrian Hastings, *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*. Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

⁶ Álvarez Junco, *op.cit.*, p. 17.

personal, de autorespeto, de plena participación en las cosas del mundo material y del espíritu...”⁷

El proyecto de nación nació contaminado en las Antillas por el entorno colonial y esclavista. En esas circunstancias era difícil seguir el libreto metropolitano de la nación. De ahí muchas de las ambigüedades y de las contradicciones de los independentistas-anexionistas y de los criollistas-reformistas. En este ensayo, el contrapunteo cubano del criollismo y el anexionismo pone a prueba algunas categorías y generalidades sobre los temas de la identidad y la nación. El contraste de las visiones del letrado defensor de la nación-provincia sin negros, y del ganadero independentista-anexionista, y de las opiniones encontradas de algunos historiadores en torno al tema, sugieren una revisión de los conceptos heredados de la experiencia europea. La meta no es insistir en la condición natural, genética de la nación, sino verla como una elaboración histórica temporal que se valora en cada una de sus instancias si logra que sean más libres sus ciudadanos.

EL NACIONALISMO INVENTOR

Examinemos primero las filiaciones negativas de la nación y del nacionalismo. Lord Acton, a mediados del siglo XIX, fue quizás el primero en ver la “nacionalidad” como una “invención” que sacrifica la libertad y la prosperidad “a la imperiosa necesidad de hacer de la nación el molde y la medida del estado”. Su devenir, según Acton en 1862, “estará marcado por la ruina tanto material como moral, de tal manera que una nueva invención pueda prevalecer sobre las obras de Dios y los intereses de la humanidad”.⁸ Un siglo después, Elie Kedourie celebra el contenido “profético, atemperado y justo” de las palabras de Acton, resucita la noción del “invento” y concluye

⁷ Basil Davidson, *Which Way Africa?*. Great Britain, Penguin Books, 1967, p.56.

⁸ John Emeric Edward Dalberg-Acton, *The History of Freedom and Other Essays*. Reimpresión, New York, Books for Libraries Press, Inc. 1967, p. 299. La primera edición es de 1907.

que “el nacionalismo es una doctrina inventada en Europa a comienzo del siglo 19”.⁹ Esta aseveración fue acogida por Ernest Gellner en 1964, convencido de que fue “una invención accidental de algunos pensadores: muy bien pudimos existir sin ella”. Gellner añade que “el nacionalismo engendra naciones” y que “el nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia: inventa naciones donde no existen”.¹⁰ Diez y nueve años después, Anderson retoma la cita anterior y le reprocha a Gellner que “está tan ansioso por mostrar que el nacionalismo se enmascara con pretensiones falsas, que llega a asemejar “invención” a “falsificación” y “falsedad”, y sugiere que comunidades “verdaderas” pueden ser ventajosamente yuxtapuestas a las naciones. Además, Anderson cree que “inventar” está más cerca de las palabras “imaginar” y “creación”: “... todas las comunidades mayores que las aldeas, donde no hay contacto cara a cara entre sus miembros (y aun hasta en las aldeas) son imaginadas”.¹¹ Es decir, toda comunidad humana es imaginada y la nación mucho más porque “... los miembros de hasta la más pequeña nación nunca conocerán a la mayor parte de sus miembros, ni oirán hablar de ellos; sin embargo, en la mente de cada uno está viva la imagen de esa comunión”.¹² Esta es una conclusión cuestionada por Ranajit Guha quien opina que “... si todas las comunidades son necesariamente imaginadas y la nación es una comunidad, ¿por qué se toma el trabajo de usar el adjetivo “imaginada”, lo mismo que llamar “redondo” a un círculo? En esta definición hay poco para agarrar la especificidad de la nación como una comunidad y distinguirla de comunidades políticas de otra clase”.¹³

⁹ Elie Kedourie, *Nationalism*. London, Hutchinson of London, 1978, pp. 9 y 139. Ver la crítica de la visión de Kedourie, en Brendan O’Leary, “In Praise of Empires Past. Myth and Methods of Kedourie’s *Nationalism*”, *New Left Review*, no. 18, Nov./Dec. 2002, p. 110.

¹⁰ Ernest Gellner, *Thought and Change*. London, Weidenfeld and Nicolson, 1964, pp.151, 168 y 174.

¹¹ Anderson, *op. cit.*, p.6.

¹² *Ibid.*

¹³ Ranajit Guha, “Nationalism Reduced to Official Nationalism”, *Asian Studies Association of Australia*, vol. 9, no.1, 1985, pp. 103-108.

En esa onda, uno de los ejemplos utilizados por Anderson para ilustrar el origen de la identidad y de la comunidad coloniales de América, contradice su tesis más querida. Se trata de la fatalidad de ser criollo, una realidad más factual que imaginada:

... de los 170 virreyes en Hispanoamérica antes de 1813, sólo 4 eran criollos. Esta estadística es más sorprendente si recordamos que en 1800 menos del 5% de los 3,200,000 blancos criollos en el Imperio Occidental (dominantes de 13,700,000 indígenas) eran españoles nacidos en España. En vísperas de la revolución mexicana sólo había un obispo criollo, a pesar de que en el virreinato los criollos superaban 70 a 1 a los peninsulares. Y era impensable que un criollo alcanzara en España una posición oficial importante. ... el peregrinaje vertical de los funcionarios criollos estaba negado. ... sus movimientos laterales eran tan limitados como su ascenso vertical. [...] Aun en ese estrecho peregrinaje encontró compañeros de viaje que comprendieron que su confraternidad nacía no sólo de ese peregrinaje sino también de la fatalidad del nacimiento trasatlántico. Aunque naciera una semana después de la llegada de sus padres, el accidente de nacer en América le condenaba a la subordinación, no empece que en términos de lenguaje, religión, abolengo o modales era indistinguible de los españoles en España. No había nada que hacer: era irremediamente un criollo. Aun así, cuán irracional debió parecerle su exclusión. Sin embargo, esta irracionalidad tenía una lógica oculta: por nacer en América no podía ser un verdadero español; por lo tanto, el peninsular nacido en España tampoco podía ser un verdadero americano.¹⁴

Es obvio que Anderson destaca muy bien los ingredientes más concretos del desarrollo de la conciencia nacional a fines del siglo XVIII en América. Lo que debemos preguntarnos es ¿qué de imaginado, de irreal, tiene el sentirse hermanado con otros criollos del país y del resto de América, en la desgracia compartida del nacimiento “extra-español”? Además, ¿era posible enfrentar el poder colonial sin organizar a los discriminados habitantes de un territorio común frente a un antagonista común? ¿No fueron los mismos dominadores

¹⁴ Anderson, *op.cit.*, pp.56-59.

los que definieron negativamente la singularidad del criollo y trazaron las fronteras geográficas, culturales y políticas de unos frente a otros? El padre Hidalgo no tenía que conocer a todos los mexicanos quejosos para hablar a nombre de ellos y a nombre de México como deseado cuerpo político soberano.

LA NACIÓN REAL

Aun en casos en que el estado ha creado la nación, no es nación hasta que percibe su primacía sobre y contra el estado.

Adrian Hastings¹⁵

Frente al concepto de la nación como comunidad imaginada prefiero la nación como una “construcción socio-histórica única”, una “comunidad histórico-cultural unida horizontalmente por su carácter compartido, más que verticalmente por razón de la autoridad del estado”.¹⁶ No es ocioso, entonces, distinguir entre la nación (el grupo unido por vínculos con la tierra, la gente, las costumbres y las instituciones) y nación-estado (“ordenamiento jurídico que tiene como finalidad... ejercer el poder sobre determinado territorio y al que están subordinados de manera necesaria los individuos que le pertenecen”).¹⁷

Hasta aquí no he mencionado la identidad, pero todos sabemos que identidad y nacionalidad son términos que a menudo se confunden y se usan como sinónimos a la hora de hablar de la nación y del nacionalismo. Sobre todo en las sociedades que pasaron por la dominación colonial y luego enfrentaron la feroz modernidad promovida por los grandes

¹⁵ Hastings, *op.cit.*, p. 25.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Enrique Florescano, *Memoria indígena*. 2^{da} ed., México, Taurus, 1999, pp. 313-327.

países industriales. A veces la identidad parece como la obsesión narcisista del que se mira en el espejo de lo regional, lo étnico y lo nacional. Pero en otros casos es un ejercicio imprescindible para explicar algunas de las prácticas coloniales en contraste con los modelos e imposiciones metropolitanas.

El orgullo en la herencia propia es... un ingrediente importante de la ciudadanía, particularmente para aquellos cuyas identidades y puntos de vista han sido excluidos y marginados.

Joan W. Scott.¹⁸

Estimo que la identidad es algo necesario aunque cambiante, no siempre libre de contradicciones. Parto de la definición más sencilla de la identidad como “el sentido de pertenecer juntos”, defendida por Enrique Florescano. Éste cree que la identidad étnica es “el conjunto de prácticas realizadas de modo solidario por un pueblo en el transcurso de los años”.¹⁹ Por su parte, Aijaz Ahmad añade que la identidad es también “un sentido de lugar, de pertenecer, de algún compromiso firme con nuestra clase, género o nación que puede ser útil para definir nuestra política”.²⁰

Una investigación más abarcadora de la identidad tendrá que tomar en cuenta el vasto temario sugerido por Martha Minow:

1. el carácter relativo de las identidades
2. la asimilación como meta, tentación e imposibilidad
3. la identidad como negociación y no como algo fijo e inmutable

¹⁸ Joan W. Scott, “Multiculturalism and the Process of Identity”, *October*, vol. 60, Summer 1992, p. 14.

¹⁹ Florescano, *op.cit.*, p. 316.

²⁰ Aijaz Ahmad, “The Politics of Literary Postcoloniality”, *Race and Class*, vol. 36, 1994, pp. 2-20.

4. el peso de la memoria y la historia en la formación de las identidades
5. la relación entre identidad y poder: la gente con poco o ningún poder puede, sin embargo, determinar sus identidades
6. la identidad y la política: el empeño de lograr la igualdad social a veces elimina las diferencias de todo tipo, pero el fracaso al tratar de acomodar diferentes identidades produce discriminación y opresión
7. la libertad para escoger las identidades

Este menú descansa sobre la convicción de Minow de que la discusión sobre las identidades puede ser interminable a menos que se apele a otra alternativa: pasar de qué es la identidad a quién decide las cuestiones de la identidad.²¹

LA IDENTIDAD MÓVIL

Los criterios que ofrece Minow ayudan a replantear el problema de la identidad como una y muchas. La experiencia cubana en el siglo XIX es un buen ejemplo de una identidad y una nacionalidad en andamios. En primer lugar, para los habitantes de la isla, la noción de Cuba es recortada y poco clara porque el país está en gestación y los criollos todavía no son cubanos. “Sólo después de la insurrección de 1868 el gentilicio ‘cubano’ dejó de aludir con preferencia a los naturales de la provincia de Oriente y se extendió progresivamente a todos los criollos”.²² Por lo tanto, en circunstancias tan fluidas no es raro que las mismas personas fueran, sucesiva o simultáneamente, anexionistas, autonomistas e independentistas.

²¹ Martha Minow, “Identities”, *Yale Journal of Law and the Humanities*, vol. 3, no. 97, 1991, pp. 97-130.

²² Es la opinión del historiador José Pérez de la Riva, “Introducción” en Antonio del Valle Hernández, *Sucinta noticia de la situación presente de esta colonia. 1800*, citado por José A. Piqueras en el trabajo inédito “Comunidad, sociedad y política en

Mi preferencia por las definiciones anteriores de la identidad y la nación no significan su aceptación acrítica. La identidad que une a la gente de orígenes comunes a veces alimenta distorsiones. Por ejemplo, ¿por qué un pordiosero judío ha de tener más en común con un banquero judío que con todos los pordioseros del mundo?, cuestiona Aijaz Ahmad.²³ Además, la nación-estado es inaceptable si intenta borrar las diferencias lingüísticas, culturales, religiosas, económicas y étnicas al imponer el molde uniforme de una fábrica de ciudadanos, con ayuda de códigos, instituciones y símbolos válidos para todos. Si en el caso de Cuba, por ejemplo, es cierto que el problema crucial en la formación de la nación y la identidad cubanas es “la integración étnica y racial (demográfica, social, cultural...), entonces es cuestionable la idea de la nación formada por elementos homogéneos”, como advierte Tadeus Lepkowski.²⁴

El ejemplo de José Antonio Saco, “creador de la idea de la cubanidad”,²⁵ ilustra esa complejidad racial del nacionalismo y la identidad cubanas del siglo XIX y, particularmente, las angustias de algunos historiadores cubanos empeñados en definir su cubanidad. Uno de sus principales biógrafos proclama que Saco fue “el pionero en la avanzada por descubrir la verdadera Cuba, la Cuba cubana que hoy queremos todos los que sentimos hondamente la suave caricia de su suelo y de su cielo”.²⁶ Mas lamenta que Saco no fuera “comprendido” entonces ni después porque sus ensayos se leyeron “literalmente”:

Cuba”, donde explora magistralmente la trabajosa construcción de la cubanidad en el siglo XIX. Agradezco a Piqueras este generoso préstamo.

²³ Aijaz Ahmad, “Issues of Class and Culture” en Ellen Meiksins Wood y John Bellamy Foster, *In Defense of Marxism. Marxism and the Postmodern Agenda*. New York, Monthly Review Press, 1997, pp. 97-111.

²⁴ Tadeus Lepkowski, “Síntesis de *Historia de Cuba*: problemas, observaciones y críticas”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 60, tercera época, vol. XI, núm. 2, mayo-agosto, 1969, p. 64.

²⁵ Josef Opatrný, “Algunos aspectos del estudio de la formación de la nación cubana” en Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez (eds.), *Cuba, la perla de las Antillas*. Madrid, Doce Calles, 1994, p. 254.

²⁶ Eloy G. Merino Brito, *José Antonio Saco: su influencia en la cultura y en las ideas políticas de Cuba*. Habana, Molina y Compañía, 1950, p. 262.

Para Enrique Pyñeiro, Saco fue demasiado europeo para ser totalmente cubano. Para José Ignacio Rodríguez fue un antirrevolucionario. Para Antonio Maceo, un esclavista. Para Portell Vilá un liberal de 1837, que termina aliándose con España... Para Ponte Domínguez, un inestable político...

Solamente un Raúl Lorenzo ha sabido ver claro que la decisión inquebrantable de Saco fue “la de constituir un Estado verdaderamente libre en la Isla, absoluto jerarca de su destino”; o un Fernando Ortiz, para quien Saco es “el campeón formidable de la nacionalidad cubana”, cuyo programa político es aún “trascendente para la nación y completado por el revolucionario de Martí, ambos irrealizados por la subsiguiente vulgaridad impune”.²⁷

Manuel Moreno Fraginals, por su parte, intenta salvar la rígida dicotomía admirador-detractor y postula una admiración crítica nacionalista:

Muchas de sus ideas, anacrónicas ya en su propia época, murieron con él. Pero su antiguo criollismo, su fe cubanísima en nuestro destino, frente a la extranjería de afuera y de dentro, en sentido nacional más allá de la venta del azúcar, siguen vigentes. Su vida entera fue este constante esgrimir de sus verdades cubanas frente a todos y por eso vivió perpetuamente solo. En su lucha ingente por hacer una nación de lo que otros estaban dispuestos a convertir en una plantación, su labor puede llamarse misionera en el más alto sentido de esa palabra. Así hemos visto nosotros a José Antonio Saco.²⁸

LA RAZA ES LA NACIÓN

Veamos, pues, algunas de las “verdades cubanas” de este “misionero” de “fe cubanísima”, sobre todo su visión de nación

²⁷ *Ibid.* Rafael Soto Paz también lo acusa de “desarraigado”, “anti-abolicionista” y “derrotista”, en *La falsa cubanidad de Saco, Luz y del Monte*. La Habana, Editorial Alfa, 1941, pp. 19-52.

²⁸ Manuel Moreno Fraginals, *José A. Saco. Estudio y bibliografía*. La Habana, Universidad Central de Las Villas, 1960, p. 76. Este ensayo aparece por primera vez en 1953 sin la bibliografía comentada, con el título “Nación o plantación (el dilema político

que Moreno cree superior a la de la plantocracia azucarera esclavista. En primer lugar, para Saco la raza es la nación: “La nacionalidad cubana, ... de la única que debe ocuparse todo hombre sensato, es de la formada por la raza blanca, que sólo se eleva a poco más de 400,000 individuos”.²⁹ ¿Cómo llega el bayamés a esa conclusión? Primero, reconoce que en Cuba existen “para nuestra desgracia” dos razas enemigas.³⁰ A la vez que rechaza la validez de las nociones de nacionalidad política y de nacionalidad “natural o de raza”, acepta que la raza es un ingrediente clave de la nacionalidad. Sin embargo, le parece inaceptable la creencia de sus amigos anexionistas de que los nacidos en Cuba, independientemente de su origen y del gobierno que dicte sus destinos, serán cubanos y retendrán la nacionalidad cubana. La razón de Saco es inequívoca: “La nacionalidad cubana... es la que representa nuestro origen, nuestra lengua, nuestros usos y costumbres y nuestras tradiciones. Todo se ha formado y arraigado en una isla que lleva el nombre de Cuba...” Es decir, los negros africanos y criollos que traen otros idiomas, religiones y costumbres, al igual que los norteamericanos si llegan a anexarse la isla, no encajarían en esa clasificación.

¿Y qué eran los indígenas que habitaban la isla en el momento del descubrimiento? Según Saco, que no era indigenófilo, éstos tenían la nacionalidad cubana por ser isleños pero los blancos criollos, aunque nacieron en la misma isla, son hispano-cubanos; de la misma manera que los indígenas de la época de Moctezuma eran mexicanos y los criollos hispano-mexicanos. Estas contorsiones semánticas le sirven para excluir a los negros de la nación cubana. De ahí su afán por aclarar que “toda nación supone nacionalidad; pero toda nacionalidad no constituye nación”. El caso de Gran Bretaña le

de José Antonio Saco)”, en Julio Le Riverend y otros, *Estudios históricos americanos. Homenaje a Silvio Zavala*. México, El Colegio de México, 1953, pp. 242-272.

²⁹ “Réplica de don José Antonio Saco a los anexionistas que han impugnado sus ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos” [1850], en José Antonio Saco, *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, s.f., vol.III, p. 461.

³⁰ *Ibid.*, p. 445.

sirve para señalar que ésta tiene tres nacionalidades (anglo-sajona, escocesa e irlandesa) pero es una sola nación porque hay un solo poder central legislativo y ejecutivo. Si seguimos el modelo inglés de Saco, entonces Cuba contendría la nacionalidad cubana de los indígenas, la hispano-cubana de los blancos y la africana de los negros criollos. Pero él ni siquiera considera esta última porque es una raza “enemiga”.³¹

Lo más chocante del “criollismo” de Saco es que va montado en un proyecto de erradicación del negro para el disfrute del país por los blancos. Lo adelanta en 1850 cuando, al hablar de la posible emancipación de los esclavos, aboga por “dar otra patria a todos los nuevos libertos, pues harto crecido es ya el número de los que hay en nuestro suelo”. “... la raza africana —dice Saco— es tan irreconciliable con los europeos como con los cubanos y... si funesta puede ser para los unos, también puede serlo para los otros”.³² En ese mismo año, al defenderse de la acusación de anexionista, aboga por la “disminución, la extinción, si posible fuera, de la raza negra; y la deseo, porque en el estado político del archipiélago americano, ella puede ser el instrumento más poderoso para consumir la ruina de nuestra isla”.³³

Esta idea es brutalmente refinada en 1864 cuando propone su gran esquema de irradiación de los negros:

1. el negro que salga de Cuba, sin importar la razón, jamás podrá regresar.
2. los negros que violen la ley extinguirán sus penas de cárcel en los presidios africanos y tampoco podrán volver.
3. el negro desempleado será expulsado a la isla de Fernando Póo en las costas africanas.

³¹ *Ibid.* Ver la notable aportación de Joseph Opatrný a la discusión sobre la nacionalidad en la obra de José Antonio Saco en *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*. Praga, Universidad Carolina, 1986, pp. 123-139. Ver también sobre la apuesta de Saco a la inmigración blanca, a Consuelo Naranjo Orovio y Armando García González, *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo 19*. Madrid, Doce Calles, 1996, pp. 85-91.

³² José Antonio Saco, “Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos”, en *Colección de papeles...*, vol. III, p. 351.

³³ Saco, “Réplica...”, p. 369.

4. se alentarán la emigración “voluntaria” del resto de los negros libres no incluidos en los ejemplos anteriores.
5. el negro emancipado, menor de cincuenta años, debe salir de Cuba por cualquier vía.³⁴

Este esquema de una Cuba inventada, pintada de blanco canadiense, sin negros en la costa, es la admisión, a pesar de Saco mismo, de la Cuba real, mayoritariamente negra, capaz de rebelarse contra la minoría esclavista y racista.³⁵

NACIONES CUBANAS EN CONFLICTO

Ese racismo crudo será también la raíz de su rechazo de la independencia y de la anexión a los Estados Unidos, porque está hondamente convencido de que el medio para lograrlas es la revolución:

No hay país sobre la tierra, —afirma Saco— donde un movimiento revolucionario sea más peligroso que en Cuba. En otras partes, aun con solo la probabilidad de triunfar, se pueden correr los azares de una revolución, pues por grandes que sean los padecimientos, siempre queda el mismo pueblo; pero en Cuba, donde no hay otra alternativa que la vida o la muerte, nunca debe intentarse una revolución, sino cuando su triunfo sea tan cierto como una demostración matemática. En nuestras actuales *circunstancias*, la revolución política va necesariamente acompañada de la revolución social; y la revolución social es la ruina completa de la raza cubana.³⁶

Al rechazar el anexionismo recuerda, igualmente, que si se provoca una guerra entre España y los Estados Unidos,

³⁴ Moreno Fragonals, *José A. Saco...*, p. 53; Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*. Barcelona, Editorial Crítica, 1976, pp. 107-108. La primera edición es de 1948.

³⁵ En 1837, Saco afirmó en su *Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas*: “Juro a fuer de cubano, que trocaría la suerte de mi patria por la de las posesiones del Canadá”. Citado por Fernando Ortiz en José Antonio Saco, *Contra la anexión*. Recopilación de sus papeles, con prólogo y epilogo de Fernando Ortiz, La Habana, Editorial de Ciencias sociales, 1974, p. 333.

³⁶ Saco, “Ideas sobre...”, p. 346.

éstos ganarán pero “su triunfo sería sobre las cenizas de la patria. Quedaríales el punto geográfico: pero sobre ese punto se alzarían más de 600,000 negros, bañados en la sangre de sus señores...”³⁷

Descartada la lucha armada y frustrado a corto plazo el forcejeo reformista, desde la promesa incumplida de 1837 de las leyes especiales, sólo queda “el puro e ilustrado patriotismo”, es decir, “sufrir con resignación y grandeza de ánimo los ultrajes de la fortuna, procurando siempre enderezar a buena parte de los destinos de nuestra patria”.³⁸ Es, pues, una cubanidad resignada y condenada al suplicio. Él nunca se hace de ilusiones ya que admite “que los derechos políticos que España nos concederá nunca tendrán la amplitud que si Cuba fuese independiente, o formase parte de la Confederación americana, porque una colonia es una colonia...”³⁹ Dos años antes, en carta a su amigo anexionista Gaspar Betancourt Cisneros, trató de equilibrar el “suframós con heroica resignación el azote de España” con la exhortación a “extirpar” el contrabando de negros y achicar su número; sumar más blancos, esparcir las luces, fomentar las vías de comunicación.⁴⁰

En balance, no empece el horrendo racismo y el colonialismo inerme de Saco, Moreno Friginals insiste en que

fue un nacionalista que creyó ver deshacerse su nación... [Su fe nacional] tenía origen en esa emoción nueva de descubrirse americano, distinto y quizás superior al español, que inaugura el criollismo del hombre de estas tierras en los siglos XVI y XVII. Es el sentido criollo que aparece ya pleno en el XVIII, construido por suma de afirmaciones y por lo tanto orgulloso de sí mismo; el criollismo ufano de sus blasones habaneros, de su ganado y su tabaco.⁴¹

³⁷ *Ibid.*, pp. 344-45.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ Saco, “Réplica...”, p. 469.

⁴⁰ Saco, “Ideas sobre...”, pp. 330-31.

⁴¹ Moreno Friginals, *José A. Saco...*, pp. 60-61

Al diluir el rechazo visceral a los negros en el colonialismo ilustrado y en el orgullo criollo, a Moreno sólo le queda la carta anti-anexionista para defender el nacionalismo de Saco. Así, demuestra que es más anti-anexionista que anti-racista y contrasta la “suma de afirmaciones” del antiguo criollismo, con la “suma de negaciones” del anexionismo sin “contenido nacional”: “Una época sin sentimiento del pasado, —recalca Moreno Friginals— que se caracteriza por la adoración de los héroes exóticos, que en lo político se lanza al anexionismo...”⁴² Es una “falta de fe”, un “sentido de frustración de muchos cubanos; este dolor de saberse españoles o mulatos, de ser inexorablemente lo que despreciaban...”, concluye el historiador de Saco.⁴³

Es obvio que Moreno Friginals está pensando en la carta que Gaspar Betancourt Cisneros le envía a Saco el 30 de agosto de 1848, en la que define la identidad “negativa” de los cubanos

Es muy tarde... para hacer retrogradar la opinión y la obra de independencia para descartarse de España y sus ladrones; anexión para tener un apoyo fuerte contra la Europa y contra nosotros mismos que al cabo, Saco mío, españoles somos y españoles seremos engendraditos y cagaditos por ellos, oliendo a guachinangos, zambos, gauchos, negros, Paredes, Santa Anna, Flores, [...] ¡Qué dolor, Saco mío! ¡Qué semilla! Oh, ¡por Dios hombre: no me digas que desees para tu país esa nacionalidad! No hombre! Dame turcos, árabes, rusos; dame demonios; pero no me des el producto de españoles, congos, mandingas y hoy (por fortuna frustrado ya el proyecto) malayos para completar el mosaico de población, ideas, costumbres, instituciones, hábitos y sentimientos de hombres esclavos, degenerados y que cantan y ríen al son de las cadenas, que toleran su propia degradación y se postran envilecidos a sus señores. No y renó: si tal es la nacionalidad que hemos de conservar; si tal es el bien a que el cubano tiene que aspirar, malditos de Dios sean el bien y el beneficiado.⁴⁴

⁴² *Ibid.*, p. 61.

⁴³ *Ibid.*, p. 63.

⁴⁴ Gaspar Betancourt Cisneros, *Cartas del lugareño*. Recopilación y prólogo de Federico de Córdova, La Habana, Ministerio de Educación, 1951, p. 303.

EL MÁS CUBANO

Los anexionistas,... sin excepciones eran... racistas. En esto fueron fieles a la clase de los hacendados y en nada se diferenciaron de los ideólogos antianexionistas de la propia clase.

Raúl Cepero Bonilla⁴⁵

Dos años después, Betancourt Cisneros precisará que los anexionistas “buscan en la anexión la garantía, la fianza del gobierno sabio y fuerte de los Estados Unidos contra las pretensiones de Europa, no menos que contra nosotros mismos que mal que pese a nuestro amor propio somos del mismo barro que los que han logrado hacerse independientes, pero no pueblos libres y felices”.⁴⁶ Betancourt Cisneros nunca pudo convencer a su amigo de que se pasara a las filas anexionistas, y Saco, para reafirmar su postura, redactó su epitafio: “Aquí yace José Antonio Saco, que no fue anexionista, porque fue más cubano que todos los anexionistas”.⁴⁷ En verdad, ¿quién era más cubano, el ganadero anexionista de Camagüey al que se le reprocha su identidad negativa, pero que “trató de demostrar la posibilidad del fomento agrícola mediante el reparto a censo de las tierras de su hacienda... entre colonos inmigrantes blancos”, o el criollo de Bayamo que propone barrer a los negros de la historia y que nunca tuvo una palabra de simpatía ni un gesto de compasión por los esclavos?⁴⁸ Betancourt Cisneros y su grupo proponen la insurrección independentista para llegar a la anexión mientras Saco, en solitario, insiste en la resignación sufrida y en la evolución inevitable como garantía del cambio sin sobresaltos. La mera

⁴⁵ Cepero Bonilla, *op. cit.*, p. 53.

⁴⁶ Betancourt Cisneros, *op. cit.*, p. 313. Esta carta es del 20 de febrero de 1849.

⁴⁷ Moreno Friginals, *José A. Saco...*, p. 60.

⁴⁸ Betancourt Cisneros fue también el principal promotor del establecimiento del ferrocarril en Camagüey. Oscar Zanetti Lecuona y Alejandro García Álvarez, *Caminos para el azúcar*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987, pp. 57-58.

comparación de miras extraviadas no hace de Saco más o menos cubano que Betancourt Cisneros. Es decir, la cubanidad de ambos no la definen exclusivamente sus proyectos políticos y sociales sino su autoconciencia de ser hijos legítimos de la misma isla, comprometidos con visiones de progreso de los blancos, opuestos en intereses y aspiraciones al dominador colonial que los inferioriza. Por lo tanto, podemos concluir que, por racistas, son cubanos desenfocados pero no es válido negar sus identificaciones con la tierra y el futuro del país. Eran “patriotas que se equivocaban”.⁴⁹

Un problema similar lo plantea Moreno Fragnals en su ensayo sobre Saco, al encapsular la historia política de Cuba entre los siglos XVIII y XIX en el dilema nación o plantación. En primer lugar, se puede ser nación con plantación o sin ella. Una Cuba llena de esclavos y libertos dedicados al azúcar no es menos Cuba que una desbordada de blancos asalariados y blanquísimos señores del ganado, el tabaco y las letras. Además, es significativo que el nacionalismo cubano se desarrollara con más vigor y militancia justo en la época del auge de la plantación azucarera en el siglo XIX.⁵⁰ La gran paradoja es que la plantación azucarera une la gente y la geografía a través de prácticas económicas y patrones sociales de largo alcance territorial. Es lo más dinámico en el contraste de la Cuba construida desde las pobres provincias orientales con poca esclavitud, tierras más repartidas y cultivos más variados; y el occidente de grandes “negradas” y dilatados latifundios, presidido por La Habana, donde se piensa el país desde el ferrocarril deslumbrante y los lazos con Europa. Además, al Saco excluir de la definición de la nación al esclavo y al negro libre —mayoría de la población y soportes principales del cultivo y la fábrica azucareros— se diezman, torpe e insensiblemente, las filas del potencial ejército anticolonial. De esto se dieron cuenta demasiado tarde los revolucionarios de la gesta del 68.

⁴⁹ Lepkowski, *op. cit.*, p. 67.

⁵⁰ Ver el iluminador análisis de la tensión entre raza y nación en el movimiento independentista a partir de la Guerra de los Diez Años, en Ada Ferrer, *Insurgent Cuba. Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*. Chapel Hill & London, The University of North Carolina Press, 1999.

El problema central de la nación de Saco es que su racismo la condena a la subordinación política. Es por su temor a una sublevación de esclavos que se opone a la independencia y, por ese mismo pavor, se resigna a la colonia perpetua, inferior en libertades a las repúblicas independientes y a los estados de la Unión norteamericana. Es el racismo el que lo hace también propenso al anexionismo cuando en 1850 admite que “si Cuba contase hoy cuatro o cinco millones de blancos, ¡con cuanto gusto no la vería pasar a los brazos de nuestros vecinos! Entonces, por grande que fuese la inmigración [de los Estados Unidos] nosotros nos los absorberíamos a ellos, y creciendo y prosperando con asombro de la tierra, Cuba sería siempre cubana.”⁵¹

Recordemos otra vez el consejo de Martha Minow: hay que pasar de qué es la identidad a quién define y determina las cuestiones de la identidad. Esto no tiene nada de imaginado. La identidad nace de la voluntad del dominador que discrimina y obliga a mostrar el carné de identidad a los subalternos. Así traza la raya y a partir de ahí el territorio de los nacidos iguales es el punto de partida de la identidad. No es el único, pero sí el primordial. La confesión de Saco al respecto es muy elocuente:

... hoy la peor tacha que para ocupar... puestos, se puede poner a un cubano, es la de haber nacido en Cuba; y si alguno por casualidad los alcanza, es a fuerza de paciencia, de empeños y de dinero. El talento y la instrucción, la honradez y el patriotismo, prendas tan estimadas en otros países, son en Cuba un crimen imperdonable, y mientras la suerte de la patria está confiada a manos torpes e impuras, los cubanos de buena ley, o arrastran su vida en tierras extranjeras, o para escapar de la persecución, tienen que buscar un refugio en la oscuridad o en el silencio.⁵²

Es decir, esta identidad definida a cantazos y tropezones con las autoridades coloniales reserva el criollismo a los blancos nacidos en tierra cubana y olvida los cientos de miles de negros

⁵¹ Saco, “Ideas sobre la...”, pp. 339-40.

⁵² *Ibid.*, pp. 354-55.

y mestizos oriundos de África o de las Antillas, así como a los blancos españoles identificados con las causas cubanas. Sin embargo, un extranjero puede estar más comprometido con las luchas liberadoras que los mismos hijos de la patria porque el nacer en un lugar no determina necesariamente la solidaridad con las metas del resto de los nacionales. Es más admirable que el país nazca en uno —un acto de voluntad— que el accidente de nacer en el país.⁵³

LAS IDENTIDADES DEL HISTORIADOR

A las circunstancias históricas determinantes de la identidad, se suma la opinión de los historiadores. Recordemos que Moreno Fragnals hizo de Saco un nacionalista precoz, un cubano auténtico que se enfrenta a los anexionistas desconfiados de la cubanidad de los nacidos en la Isla. Eso fue en 1953. Luego en 1960, Moreno Fragnals reeditó el ensayo sin el título original (sin el dilema nación o plantación) y sin cambiarle una coma al texto, aunque incluyó una excelente bibliografía comentada. Pero ocho años después la identidad de Saco es otra. Ahora reformismo y anexionismo son la misma cosa en las páginas del historiador: “...cuando a partir de los años 40 —dice Moreno Fragnals— el mercado de los EEUU comienza a definirse como rector de la vida económica cubana, el reformismo toma una nueva forma: anexionismo. Anexionismo a los EEUU. El anexionismo puede definirse como reformismo llevado hasta sus últimas consecuencias”. [...] Es imposible diferenciar anexionistas y reformistas. Físicamente son los mismos”.⁵⁴ Contra ese telón de fondo se proyecta la identidad de Saco:

⁵³ Al respecto, Moreno Fragnals en su análisis del esclavo bozal decimonónico delata una visión ambigua que roza el racismo: “Había además un problema que afectaba a la conciencia nacional, y es que durante gran parte del siglo XIX, muchos negros eran extranjeros... Estos negros, en general, no tenían ninguna razón para un sentimiento de solidaridad con la independencia nacional y lo más probable es que ni siquiera la entendieran”. Manuel Moreno Fragnals, *Cuba/España. España/Cuba*. Barcelona, Crítica, 1995, p. 264.

⁵⁴ Manuel Moreno Fragnals, “Azúcar, esclavos y revolución (1790-1868)”, *Casa de las Américas*. año IX, núm. 50, sept.-oct., 1968, p. 43.

Se señala... que José Antonio Saco era un reformista antianexionista. Pero se olvidan dos detalles: que el texto base del anexionismo, reeditado como folleto, publicado como programa en el número inaugural del periódico anexionista *La Verdad*... fue el ensayo del propio Saco ‘Paralelo entre la Isla de Cuba y algunas colonias inglesas’. Los anexionistas consideran a Saco como un traidor, porque ellos no hacían otra cosa que llevar hasta las últimas consecuencias el pensamiento del bayamés...⁵⁵

En el último libro de Moreno Friginals, publicado en 1995, el historiador completa el itinerario de las identidades de Saco, que de cubano ejemplar salta a parásito y “vocero de la plantocracia”: “No obstante su indiscutible talento como polemista y su alto nivel intelectual, mostró gran incapacidad para vivir de sus propias manos y políticamente no pasó de ser otra cosa que un escritor a sueldo de los plantadores criollos: todavía en el decenio de 1870 estará subsistiendo del dinero que los ricos le remitían desde Nueva York”.⁵⁶ Es una forma de borrar las diferencias y las fuertes contradicciones que alimentan todas las historias, y hacer anexionistas a los que se debatían entre la fidelidad crítica y el rechazo al gobierno español. Olvida que era un mundo de perfiles móviles y linderos elásticos donde el colono insatisfecho “no podía hablar ni callar sin peligros”. Y muchos cambiaban de ideas y de sombreros porque las condiciones también mudaban fuera de su control. La arbitrariedad imperial y las debilidades de los colonos provocaban giros ideológicos difíciles de entender entonces y todavía a la distancia del historiador. Por eso, en esa coyuntura, me parecen más históricas y plausibles las identidades móviles y multicromáticas que las de una pieza.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 43-44.

⁵⁶ Moreno Friginals, *Cuba/España...*, p. 198.

Según el péndulo de nuestra historia, el cubano se aleja o se acerca emotivamente al gran foco vecino. Ahora está otra vez candente el contacto con el norteamericano. Hay quien por la mañana es anexionista y por la tarde abomina del Tío, según suba o baje la cotización del azúcar, que es el termómetro del patriotismo para los espíritus en almíbar.

Fernando Ortiz⁵⁷

Además, la historia cubana de mediados del siglo XIX sugiere que el teatro de las conductas políticas no es el de una nación e identidad acabadas sino en proceso de formación, que en vez de incitar a la condena moral, obliga a reconocer la base vacilante y contradictoria de la cubanidad. Los “piadosos velos” que muchos historiadores han tendido sobre el tema no pueden ocultar la refulgente paradoja de un país que a pesar de su nacionalismo poderoso, también ha exhibido un anexionismo hondo y persistente.

Recordemos, para empezar, que los conspiradores anexionistas de la década del 40 desplegaron una bandera cubana, la llamada de Narciso López (líder del movimiento), inspirada en la de Texas (anexada a Estados Unidos en 1845).⁵⁸ Y en 1854, cuando se generalizó la sospecha de que, en caso de guerra con Estados Unidos, Cuba sería “africana o española” porque el gobierno colonial aboliría la esclavitud y se apoyaría en los negros para enfrentar un desembarco anexionista “...la gran mayoría de los españoles con bienes en Cuba, como casi todos los propietarios

⁵⁷ Fernando Ortiz, “Los factores humanos de la cubanidad”, en *Estudios etnosociológicos*. Compilación, prólogo y notas de Isaac Barreal Fernández, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991, p. 27. El ensayo es de 1939.

⁵⁸ Louis A. Pérez, *Cuba. Between Reform and Revolution*. New York, Oxford University Press, 1988, p. 110. En la Guerra del 68, los insurrectos enarbolaron una bandera de Cuba que era un calco de la chilena, pero después de la Constitución de Guáimaro (1869) fue suplantada por la bandera anexionista de López. Según Moreno Friginals, se trató de “una concesión a quienes miraban a López como el primer mártir de la independencia cubana, y un reconocimiento al sentimiento anexionista que inspiraba a muchos de los sublevados”. Moreno Friginals, *Cuba/España...*, pp. 243-244.

cubanos de esclavos, se hicieron momentáneamente anexionistas o separatistas”.⁵⁹

Esa raíz anexionista cogió bríos en la primera gran guerra de independencia de 1868 y ocupó una “posición central”.⁶⁰ Varios días después de comenzada la Guerra de los Diez Años, Carlos Manuel de Céspedes, primer presidente de la república de Cuba en armas, escribió a William H. Seward (Secretario de Estado norteamericano) que los cubanos miraban a Estados Unidos como modelo de una nación “grande y poderosa, a la cual nos ligán importantísimas relaciones de comercio y grandes simpatías por sus instituciones republicanas”. Por eso pedían su auxilio en la lucha por la libertad. En esa misiva, Céspedes confesaba que una vez lograda la independencia, no dudaba que Cuba sería “una parte integrante de tan poderosos estados”.⁶¹

Cinco años después, Céspedes afirma que “la anexión no es una aspiración contraria a los fines de la revolución” y que “el combatiente del ejército libertador puede ser anexionista sin cometer el delito de traición”.⁶² Al año siguiente, la anexión fue pedida por la Cámara de Representantes revolucionaria, en un documento dirigido al “Gobierno de los Estados Unidos de la América del Norte” y firmada por todos sus integrantes, entre los que estaban Céspedes y Tomás Estrada Palma.⁶³

A esas alturas la cubanidad se zarandeaba entre la Cuba cubana de Saco y la Cuba anexionista de Céspedes y del liderato revolucionario del 68. Es, en verdad, una identidad atenazada por el racismo y el anexionismo. En el curso de la guerra pesó

⁵⁹ Ramiro Guerra, *Manual de historia de Cuba*. Madrid, Ediciones R, 1975, pp. 347-349.

⁶⁰ Louis A. Pérez, *Cuba Between Empires, 1878-1902*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983, pp. 91-92. Sin embargo, Jorge Ibarra excusa este anexionismo como “accidental”, a diferencia del “ideológico” de 1851, de sello esclavista y del anexionismo “económico” del 90, salida única de la crisis económica provocada por el arancel McKinley. Jorge Ibarra, *Ideología mambisa*. La Habana, Instituto del Libro, 1972, pp. 61-62.

⁶¹ Cepero Bonilla, *op. cit.*, pp. 192-193.

⁶² *Ibid.*, p. 195.

⁶³ Carlos de Velasco, ed., *Desde el Castillo de Figueras. Cartas de Estrada Palma (1877-1878)*. La Habana, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, 1918, p. 74.

más el primero porque el segundo dependía de la voluntad externa. En la guerra anti-colonial reinaron “el conflicto interno y la incertidumbre sobre lo que debía ser la nación cubana y los papeles que jugarían los diferentes grupos sociales en esa nación. Esta era una guerra... sobre las fronteras de la nacionalidad cubana”.⁶⁴ Era la guerra en la guerra.

Frente a la vieja advertencia colonial —apoyada por muchos hacendados cubanos— de que la nacionalidad cubana era una ilusión porque la guerra independentista terminaría en otro Haití, los revolucionarios contestan con la defensa de una nacionalidad sin razas, porque en sus filas no hay “blanquitos, ni negritos, sino cubanos”.⁶⁵ Pero la historia íntima era otra. La igualdad y la libertad de las proclamas y las constituciones chocaban con las tirantes relaciones entre los esclavos, los negros libertos y los blancos independentistas (antiguos amos ahora con rango de oficiales del ejército). El empeño de estos últimos de mandar sobre los primeros trascendió lo militar pues buscaban que los negros asumieran los valores y los estilos de vida de la gente libre. Claro está, desde los rangos más bajos y con las tareas más duras. Este aprendizaje para la libertad incluía la adquisición de hábitos de trabajo regular y el abandono de los ritos africanos. En ese contexto, la definición de la nacionalidad cubana y la designación de “cubano” no se medían con la misma vara. Ada Ferrer está convencida de que “el movimiento independentista todavía identificaba dos grupos distintos, con ‘nosotros’ como los patriotas blancos, ‘ellos’ como las autoridades españolas, y los esclavos en algún lugar intermedio como aliados o discípulos, entes libres que todavía no eran cubanos”.⁶⁶ La nación sin razas era la comunidad imaginada, que no la nación entera, inalcanzable por mediación del racismo.

⁶⁴ Ferrer, *op. cit.*, p. 17.

⁶⁵ La frase es de Antonio Maceo. Ibarra, *op. cit.*, p. 51.

⁶⁶ Ferrer, *op. cit.*, pp. 27-39.

Los negros debieron sentir, no con más intensidad pero quizás más pronto que los blancos, la emoción y la conciencia de la cubanía. Fueron muy raros los casos de retornos de negros al África. [...] El negro criollo jamás pensó en ser sino cubano. El blanco poblador, en cambio, aun antes de arribar a Cuba, ya pensaba en su regreso. Si vino, fue para regresar rico y quizás ennoblecido por gracia real.

Fernando Ortiz⁶⁷

La discusión de la integración étnica en la formación de la nación cubana —el aspecto más bronco del asunto— tropieza con el esclavo “africano”. En el mejor balance que conozco sobre el tema en la historiografía cubana, Enrique López Mesa concluye que el bozal, el negro de “nación”, “probablemente murió sin haberse integrado psíquicamente a nuestra nacionalidad, aunque sí forma parte de nuestra nación”. Las razones escuetas son que éste estaba en Cuba por la fuerza, es decir, adosado pero no asimilado. De ahí que su sueño único fuera regresar a la madre África. Por el contrario, el esclavo criollo no tiene nostalgia por la tierra de sus antepasados, sólo carecía de la libertad “para integrarse a nuestra nacionalidad”.⁶⁸

Se trata de una variante de la historia “lógica”. Es decir, si el individuo esclavo no nace en Cuba, entonces no tiene razón para identificarse con la tierra en que vive y trabaja como cosa explotada. Pero como esta faceta del esclavo es algo que no se ha investigado a profundidad, si permanecía en suelo cubano, deduce López Mesa, es porque no tenía el dinero para pagar el pasaje de regreso, o por “vejez”, “inercia” o por “haber logrado una familia”.⁶⁹

Mas las mismas corazonadas de López Mesa despiertan otra interpretación. Si la idea de regresar a África era algo casi

⁶⁷ Ortiz, “Los factores humanos...”, p. 29.

⁶⁸ Enrique López Mesa, “Historiografía y nación en Cuba” en Consuelo Naranjo Orovio y Carlos Serrano, editores, *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Casa de Velázquez, 1999, p. 193.

⁶⁹ *Ibid.*

imposible, entonces lo lógico es que el bozal y el liberto de origen africano hicieran suya, con temor, rabia y dolor, la tierra en la que estaban conminados a vivir el resto de sus días. Y no olvidemos, de paso, que muchos esclavos y libertos criollos estaban con los españoles y no creían en Cuba libre. Si la colonia es esclavista y racista y la nación buscada por el criollo blanco es abolicionista, pero también racista, entonces el no creer en la segunda no nace de la falta de patriotismo del subalterno sino de la perplejidad, la ambigüedad y la sospecha ante un presente y un futuro de difícil definición.

El nacer o no nacer en un lugar es importante pero insuficiente porque la identidad con la nación no es automática sino problemática; es el resultado de un proceso. A la hora de elegir, los intereses étnicos y los intereses de clase son más dominantes que los de la nacionalidad, o llevan a la nacionalidad que es una y muchas. Es que la identificación con la nación-estado procede de múltiples intereses: se va a la revolución o se llega a la nación independiente por un catálogo de razones (a veces antitéticas) en lucha contra un enemigo común. Pero lo más importante en los forcejeos contra la monarquía absoluta o contra el dominio colonial es que la nación-estado propia y democrática es preferible al mando absoluto y dictatorial del rey o al poder arbitrario del gobernador colonial. Si luego se frustran las promesas de la patria buscada, se abre otro capítulo de la historia de las luchas por la libertad en la nación.

Por otro lado, si es “caprichoso el azar”, como canta Serrat, es injusto entonces poner las consecuencias adversas del accidente de nacer sobre los hombros de los negros africanos, que es como darle primarios derechos de exclusividad nacionalista a los criollos (blancos, negros o mestizos) e insinuar que la nacionalidad es el derecho de nacer de los blancos propietarios y educados, y luego de los demás. El caso de Tomás Estrada Palma (1835-1908) es ejemplo de la complejidad del asunto. Veamos.

A primera vista, Estrada Palma parece un patriota cubano compacto. Nace en Bayamo, centro de conspiración de la rebelión del 68, cuna del himno nacional cubano y sede del primer gobierno revolucionario. Hizo estudios de derecho en

la Universidad de La Habana y en Sevilla, y heredó de su padre más de dos docenas de fincas dedicadas a la agricultura y la ganadería. En 1868 se sumó a la insurrección dirigida por Céspedes. Fue miembro de la Cámara de Representantes de Cuba en armas y en 1876 presidente de la república rebelde. Luego sustituyó a Máximo Gómez como general en jefe del ejército libertador. En octubre de 1877 fue apresado y enviado a la cárcel en el castillo de San Fernando de Figueras, en Barcelona. Al año siguiente fue liberado tras el pacto del Zanjón (1878) y terminó en Estados Unidos donde funda una escuela superior, el *Tomás Estrada Palma Institute* (1883), en el norte del estado de Nueva York. En 1892 es uno de los fundadores del Partido Revolucionario Cubano en la ciudad de Nueva York y en ese mismo año Martí, que lo consideró su “consejero,” visitó su colegio.

Cuando Martí parte a Cuba en 1895, Estrada Palma ocupa su lugar como encargado de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York. Después de muerto Martí, fue delegado y representante supremo de Cuba en el extranjero. En 1902 inauguró la República de Cuba como presidente (1902-1906). Uno de sus primeros biógrafos lo llamó “el fundador de la nacionalidad cubana”.⁷⁰

Estamos, pues, ante la hoja de vida de un criollo de purísima cepa: bayamés, blanco, propietario, letrado e independentista de armas tomar. Pero Estrada Palma también es anexionista. Su credo aparece resumido en carta escrita a unos amigos desde la cárcel de Barcelona en 1878. Lee así: una Cuba libre tendrá recursos económicos e intelectuales para valerse por sí misma. Mas esos atributos no son suficientes para evitar el caos interno y una débil soberanía frente a los poderes externos, porque los cubanos carecen de la “conciencia del deber” que no es otra cosa que la libertad sofrenada que evita el desorden. Esta ausencia de auto-control social es la herencia de cuatrocientos años de “servil dependencia” que no han inculcado en los habitantes de la Isla las virtudes cívicas necesarias para vivir en sociedad.

⁷⁰ Los datos biográficos de Estrada Palma aparecen en Pánfilo D. Camacho, *Estrada Palma, el gobernante honrado*. La Habana, Editorial Trópico, 1938.

Por consiguiente, el dominio colonial de siglos ha perpetuado una Cuba infantil que necesita un tutor fuerte, so pena de repetir la experiencia aciaga de las repúblicas latinoamericanas. Estrada Palma confiesa que nunca ha deseado que Cuba sea una “nación soberana” porque cree en la libertad que regenera, en el orden, la paz y el progreso; porque rechaza la anarquía y defiende el “orden moral” que garantiza la asociación duradera de los ciudadanos. Y, finalmente, porque está dispuesto a sacrificarlo todo por una Cuba feliz.

En la anexión, Cuba “participará del prestigio, de la fuerza y del poder de aquel Todo exuberante y respetable”. Además, remata Estrada Palma, “asociada la joven amazona del mar Caribe a la sesuda y experta República, podrá curarse de los vicios inveterados de su torcida educación, aprenderá a reprimir los arranques de su carácter vehemente y se instruirá en el manejo y la administración de los negocios públicos, exenta de ensayos costosos, sangrientos a veces”.⁷¹

Estrada Palma es el arco anexionista que une la Guerra de los Diez Años con la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana del 95. Fue públicamente anexionista, desde 1869 por lo menos; puro anexionista en la intimidad, como atestigua su epistolario de 1878 y, pasado el 98, cuando el anexionismo a plena luz no tenía ambiente, defendió el protectorado, la república tutelada por la enmienda Platt.⁷² En 1908, después de su renuncia al segundo mandato como presidente, y en medio de la intervención militar de Estados Unidos, al amparo de la enmienda Platt, Estrada Palma teme que el gobierno de Cuba regrese a manos cubanas. “Él sólo acepta —dice su biógrafo— que los cubanos tengan gobierno propio en el caso de que demuestren su capacidad para ello. Y como no es así, prefiere la ocupación indefinida por los Estados Unidos o la anexión a los mismos”.⁷³ Estrada Palma parece encajar en la definición del anexionismo en el que Moreno Fraginals encuentra una “falta de contenido nacional, suma de

⁷¹ De Velasco, *op. cit.*, pp. 71-76.

⁷² Pérez, *Cuba Between...*, pp. 92-94.

⁷³ Camacho, *Estrada...*, pp. 258-259.

negaciones”. Este último percibe, además, recordémoslo otra vez, “este sentido de frustración, de muchos cubanos: este dolor... de ser inexorablemente lo que despreciaban”.⁷⁴

La dolida conclusión de Moreno Friginals tiene un aire de portazo a uno de los temas malditos del nacionalismo cubano. Sin embargo, una corta muestra de la historiografía sobre Cuba descubre que la cuestión del anexionismo —y por tanto, del tema de la nación como problema— no está zanjada. El arco iris de opiniones va del rechazo clínico, sin matices, de Cepero Bonilla, la visión misericordiosa de Fernando Ortiz y la pena de Carlos de Velasco, hasta la perspectiva más histórica de Tadeus Lepkowski y de Graciella Cruz-Taura. Así, para Cepero Bonilla los anexionistas de mediados del siglo XIX son esclavistas y racistas y hasta la guerra independentista de 1868 está “infectada de esa peste que venía lastrando el movimiento de liberación nacional”. Racista y anexionista fue también el autonomismo después de la “guerra chiquita” (1879-1880), concluye Cepero Bonilla.⁷⁵

El detalle es que los anexionistas no eran de una pieza, pues a veces eran independentistas-anexionistas o cubanistas-anexionistas. Por ejemplo, Fernando Portuondo cree que el anexionismo de Narciso López (y de otros anexionistas precoces y “puros”) era “una forma de patriotismo” porque estaba profundamente enamorado de la libertad y de Cuba.⁷⁶

Por otro lado, ¿qué hacer con los devaneos anexionistas de Saco? Fernando Ortiz se retuerce en su admiración a Saco y lo absuelve, convencido de que su anexionismo es una “hipótesis ultraseparatista”, una “transigencia posibilista” nacida de la inalcanzable independencia. Es el resultado, según Ortiz, de “la ira de la dignidad ultrajada”, pero con cálculo desanimado.⁷⁷

Carlos de Velasco, por su parte, lee el anexionismo de Estrada Palma con ánimo pesaroso, con “profunda tristeza”.

⁷⁴ Moreno Friginals, *José A. Saco...*, pp. 61 y 63.

⁷⁵ Cepero Bonilla, *op. cit.*, pp. 192, 199 y 215-217.

⁷⁶ Fernando Portuondo, *Estudios de historia de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, pp. 80-81 y 83.

⁷⁷ Saco, *Contra la anexión...*, p. 333.

Su conclusión parte de la visión pesimista del primer presidente de Cuba quien en 1905 confesó: “Tenemos República, pero no hay ciudadanos”.⁷⁸ Por eso, Estrada Palma ve la naciente república como un “ensayo” para que las costumbres populares se democratizen y disciplinen porque “la condición de colonos no nos ha permitido educarnos políticamente”.⁷⁹

El anexionismo cubano como enfermedad, debilidad moral, desesperanza anímica o cruda traición es cuestionado por Tadeus Lepkowski. Convencido de que los linderos de la identidad nacional decimonónica son ambiguos y vacilantes, Lepkowski insiste en ver el anexionismo de algunos como la gestión de unos patriotas que no siempre dan en el clavo. Por eso rechaza el anexionismo singular y habla de “anexionismos”, distinguiendo al anexionista “patriota” del 1869, del anexionista “pro-imperialista” de 1898. Para el primero, insiste en que en vez de una condena severa, lo menos que merece es un indulto. Y a los jueces de juicios inapelables les recuerda que “la bandera de López fue indiscutiblemente un símbolo anexionista, pero esto no impide que sea hoy la enseña de Cuba socialista”.⁸⁰ A fin de cuentas, en la corta y la larga duración, muchos cubanos transitan por el anexionismo para llegar al nacionalismo.

Con ese interés revisionista, al margen del nacionalismo ahistórico y dogmático, Graciella Cruz-Taura insiste en echar otra mirada al caso de Gaspar Betancourt Cisneros. Destaca, sobre todo, que el personaje es difícil de definir porque no era un potentado azucarero y dio cartas de libertad a sus esclavos, tirando así por tierra el trío azúcar-esclavitud-anexionismo. Para Cruz-Taura el móvil principal de Betancourt Cisneros era la modernización de Cuba, con dosis de americanización, pero no al precio de la absorción de la cultura cubana. Y ante el

⁷⁸ De Velasco, *op. cit.*, p. 11. Estas palabras parecen el eco de la exclamación del italiano Máximo d'Aseglio en 1860: “Hemos hecho Italia; ahora tenemos que hacer italianos”. Eric Hobsbawm, *The Age of Capital*. New York, Vintage Books, 1966, p.89.

⁷⁹ De Velasco, *op. cit.*, p. 11.

⁸⁰ Lepkowski, *op. cit.*, pp. 67-68.

desinterés de Estados Unidos por anexar la Isla, a las alturas de los 60, Betancourt Cisneros se suma a los “reformistas” porque para él, según Cruz-Taura, “el debate sobre la anexión no era una cuestión de identidad nacional...”⁸¹

Los combates anteriores sobre el anexionismo cubano demuestran que hay que repensar el anexionismo, en sí y como parte del proceso de la nación y el nacionalismo antillano decimonónico. Limitarlo a los personajes sobresalientes es condenarlo a lo fortuito pues ¿por qué era anexionista más de un cubano? Esto sugiere que se es anexionista por diversas razones, desde la posición social y por razón de las circunstancias. En el caso de Betancourt Cisneros es obvio que se trata de salvar el poder social, económico y político de los blancos criollos ante el dique colonial y la amenaza potencial de la mayoría negra. Su defensa del ferrocarril es un voto a la modernidad y a una economía a punto. Él no puede zafarse del contraste entre el estancamiento isleño y el progreso republicano norteamericano. España no es meta porque representa la pobreza en todos los órdenes. Y la independencia es de éxito incierto por el atraso intelectual y cívico de las masas negras y mestizas. Además, al cambiar las circunstancias, cambia también la ideología de este ganadero: independentista en los 20, se muda al anexionismo entre 1830 y 1860 y termina en el reformismo durante sus últimos años.

En Cuba, después de la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, podemos imaginar que muchos esclavos y negros libres miraron hacia el Norte como modelo de sociedad más libre y democrática que la colonia. También Estados Unidos puede servir de contrapeso para sofocar los desmanes de la clase propietaria cubana y española. Si los negros (esclavos y libres) no encajan cómodamente en la nación de los blancos cubanos, entonces es plausible pensar en ser parte de otra nación liberal y próspera.

⁸¹ Graciella Cruz-Taura, “Annexation and National Identity: Cuba’s Mid-Nineteenth Century Debate”, *Cuban Studies*, 27, 1998, pp. 90-109.

CONCLUSIÓN

... Sobrecargar el énfasis en un nivel único de la comunidad socio-política es uniformemente desastroso. Por el contrario, el reconocimiento de la posibilidad de niveles –étnicos, provinciales, nacionales, internacionales, religiosos- ... crea el espacio para que la gente respire, para la diversidad cultural, para la aceptación de una necesaria ambigüedad en la identidad social y política.

Adrian Hastings⁸²

En el caso de Cuba, como en otros de la época, la nación precede el nacionalismo, contrario a lo que dicen Anderson, Hobsbawm y otros teóricos del nacionalismo. Es necesario, por consiguiente, continuar con ánimo histórico el diálogo sobre las suposiciones y los conceptos que orientan las investigaciones y las ocurrencias en torno al nacionalismo. “Por malo y desastroso que haya sido a menudo el nacionalismo —dice Adrian Hastings— tiene que ver con valores de la mayor importancia. Aun cuando condenamos necesitamos la habilidad de comprender”.⁸³

Al pensar la nación hay que señalar también su especificidad. En el mundo no europeo la “cuestión nacional” se funde con la “cuestión colonial”. “La afirmación nacional es una forma de luchar contra la explotación colonial”.⁸⁴ En ese combate coexisten la idea moderna del estado-nación y los valores culturales tradicionales, por lo general más conservadores. Y de esa mezcla a veces nacen nacionalismos atávicos y chauvinistas. Entonces, en vista de que hay más de un nacionalismo para escoger, “el nacionalismo no es irracional en sí mismo sino que puede ser irracionalmente aplicado”. De ahí que se juzguen los nacionalismos en la

⁸² Hastings, *op. cit.*, pp. 181-82.

⁸³ *Ibid.*, p. 12.

⁸⁴ Horace B. Davis, *Toward a Marxist Theory of Nationalism* (1978), citado por Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse?* London, Zed Books, 1986, p. 18.

medida en que adelantan o atrasan el progreso humano de la sociedad que los vive.⁸⁵

Quizás aquí reside el flanco discutible de las críticas de Anderson, Hobsbawm y otros historiadores que desvinculan la nación del asunto colonial. Las caras terribles de algunos nacionalismos europeos —imperialismo británico y francés en África, Asia y América Latina; nacional socialismo en Alemania; guerras étnicas en Yugoslavia, por ejemplo— dificultan la comprensión de los nacionalismos en el resto del mundo pues privilegian los extremos negativos y no reconocen la oposición entre la nación metropolitana y la nación colonizada que busca liberarse de la opresión y el discrimen extranjeros. Los colonizados no luchaban, como apunta Basil Davidson respecto a África, por el “derecho a dominar” sino por el “derecho a ser libres”.⁸⁶

El desconcierto de Hobsbawm ante la cuestión nacional de los no europeos y la desazón de Anderson ante el nacionalismo silvestre, universal, ocultan que el imperialismo produjo su contrario en las colonias: la recia identidad de los nativos y la búsqueda de una nación-estado propia. Esta contradicción la descubre Edward W. Said al señalar que es en el siglo XIX cuando aparecen las identidades nacionales a escala mundial, por primera vez, resultado del expansionismo europeo que enfrenta una raza, una sociedad y una cultura contra otra.⁸⁷ Si no, ¿cómo explicar entonces el derrumbe de los imperios europeos después de la Segunda Guerra Mundial, culminación de desgarradoras guerras anticoloniales que acentúan y potencian las demandas de las identidades culturales y nacionales?

El descalabro del colonialismo sacude también a los imperios y obliga a redefinir a la misma Europa. Acostumbrados a funcionar como imperios, ahora tienen que tratar como iguales

⁸⁵ *Ibid.*, p. 19.

⁸⁶ Davidson, *op. cit.*, p. 53. Davidson advierte que, en ese momento, una de las interrogantes del futuro africano era si seguiría el camino del “nacionalismo tribal” imperante en Europa.

⁸⁷ Said, *op. cit.*, pp. XXIV-XXV.

a las ex-colonias, sin el acceso privilegiado a los mercados y materias primas antaño cautivos. Y hasta Inglaterra, antigua reina del mundo colonial, termina cuestionada por irlandeses, escoceses y galeses.

Además, dudar de la autenticidad de las luchas anti-coloniales conlleva negar la cultura compartida por los antagonistas: "... lo que distinguió a los grandes movimientos de liberación opuestos al imperialismo occidental —apunta Said— fue que querían la liberación dentro del mismo universo discursivo habitado por la cultura occidental".⁸⁸ Las luchas libertarias se hicieron con las premisas, las metáforas y hasta con las mismas palabras del dominador (liberal en la metrópoli, despótico en la colonia). Así los colonos demostraron que aprendieron muy bien la lección teórica de los países de climas templados a quienes exigían respetar en ellos lo que predicaban en sus constituciones. Era el primer paso para gozar juntos las ventajas de la libertad y la soberanía entre iguales, a la mano para el disfrute del planeta, sin reclamos de ventajas para unos pocos escogidos.

En las márgenes, el modelo de la nación-estado es europeo pero la apropiación es original, autóctona. Recordemos que en Estados Unidos el estado nacional es compatible con la esclavitud hasta mediados de siglo, pero en Puerto Rico la nación buscada por los que rechazan el colonialismo es la misma y es otra: para ser modernos hay que tener una nación-estado, pero para Betances (un nacionalista republicano) se trata de una entidad nacional despojada del horror esclavista y del aplastante gorro del poder peninsular.

Por otro lado, "enterrar la nación" puede ser muy tranquilizador, pero no es posible narrar la historia de un país si no la tomamos en cuenta. Nos guste o no, la nación es un horizonte de sentidos para mucha gente. Pienso, por ejemplo, en el pronóstico hecho en 1990 por el admirado Eric Hobsbawm (quien, como Anderson, cree en la nación como "artefacto"), que dice que la historia de fines del siglo 20 y la del 21 será concebida como la historia de un planeta que no puede verse

⁸⁸ *Ibid.*, p. XXVII.

constreñido en el espacio de la nación y el estado-nación: éstos, al igual que las etnias, terminarán “retirándose, adaptándose, absorbidos o dislocados por la nueva reestructuración supranacional del globo”.⁸⁹ Más de una década después de ese pronóstico, los nacionalismos se han multiplicado y no han cedido terreno, y la “reestructuración supranacional del globo” es en sí misma una pura imaginación o invención. Y no empeece las fuerzas globalizadoras y la seductora noción de que el planeta es una aldea, el mundo se construye localmente porque “la gente vive todavía en lugares específicos”.⁹⁰

La libertad consiste en la conversión del Estado de un órgano sobreimpuesto a la sociedad en uno totalmente subordinado a ésta, y hoy también las formas del Estado son más o menos libres dependiendo de cuánto restringen la “libertad” del Estado.

Marx⁹¹

Al contrario, pisamos terreno más firme si repensamos la nación como un problema no resuelto, como un organismo siempre en tensión, intranquila por razón de sus componentes dispares. Además, la nación duele cuando se confunde con el bolsillo de los ricos o cuando reclama lealtades unánimes y ciegas, como religión secular, ante el “sagrado altar de la patria”. Pero, en vez de condenarla al panteón o difuminarla, prefiero sopesarla históricamente, a partir de los juicios compartidos por José Antonio Piqueras, una tarde de otoño mientras viajábamos hacia el suave crepúsculo valenciano. El maestro Piqueras recordó dos asuntos relevantes hoy:

1. la nación es algo que se reivindica cuando no se tiene y abruma cuando se alcanza porque sirve a la minoría. Lo

⁸⁹ E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p.182. La primera edición es de 1990.

⁹⁰ Thomas Hylland Eriksen, *Ethnicity and Nationalism*. London, Pluto Press, 1993, p. 150.

⁹¹ Citado por Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*. London, Verso, 1989, p. 11.

menos que puede ser un nacionalista es ser crítico de la nación para lograr su promesa y asegurar su eficacia.

2. el problema con la nación-estado es que suele ser más estado que nación. Por eso necesitamos más nación, más comunidad solidaria, más derechos compartidos, y menos estado, menos autoridad metida en la vida de los ciudadanos. Y en los territorios multiétnicos o de pluralidad cultural, más federación y menos naciones.

Lo anterior no significa que hay que desterrar la imaginación de la historia. No olvidemos que “el realismo es imaginario”.⁹² Ni Gabriel García Márquez divorcia lo real de lo imaginario, pues insiste en que “la primera condición del realismo mágico, como su nombre indica, es que sea un hecho rigurosamente cierto que, sin embargo, parece fantástico”.⁹³ No es raro entonces que el historiador tenga que destilar grandes dosis de imaginación, fría o apasionada, para reconstruir con materiales fragmentarios las enredadas y contradictorias realidades pasadas.

Se nos ha olvidado que el mundo en que vivimos es tan real como el mundo que necesitamos...

Eduardo Galeano⁹⁴

Y para conversar con los que gustan fechar el fin de las utopías, ¿qué de malo tiene concluir que la nación es una utopía? Me refiero, claro está, a la utopía como “lo que debería ser”, como “el llegar hasta el límite mismo de la perfección”.⁹⁵ Es decir, llegar a la verdad más verdadera. La igualdad, la libertad, la fraternidad y la democracia no son reales en estado perfecto,

⁹² Manuel Vicent, *La Jornada*, 1 de marzo de 2004.

⁹³ *El Tiempo*, 10 de diciembre de 2000.

⁹⁴ Eduardo Galeano, *La Jornada*, 30 de enero de 2005.

⁹⁵ Arcadio Díaz Quiñones, “Hacer ver”, *Claridad*, “En Rojo”, 4-10 de marzo de 2004, p.23.

pero no por eso dejamos de diseñarlas, buscarlas y apostarlas todo a ellas, por más que sepamos que son sólo parcialmente alcanzables. Todo proyecto de exaltación del ser humano en sociedad lleva la semilla de la utopía.

En perspectiva histórica, lo que Anderson interpreta con pesimismo —la nación como producto de la imaginación— es una conquista sorprendente. Lejos de espantarnos porque el nacionalismo “transforma la fatalidad en continuidad, la contingencia en significado”, como exclama Anderson, debiéramos apreciarlo en toda su dimensión humana.⁹⁶ Nadie escoge a sus padres ni el lugar y la clase social en la que se nace, elementos que determinan buena parte de nuestras vidas. Podemos aceptarlos críticamente o descartarlos de plano, pero no podemos ignorar que nos marcan profundamente. De ahí lo extraordinario de sentirnos identificados con una tierra y una gente con pasado, presente y futuro, que no tiene más remedio que apechugar juntos para organizar sus vidas comunitarias. En vez de ningunear las ‘identificaciones colectivas y retrospectivas’ valdría la pena investigar más sobre “por qué gentes con agendas muy dispares se identifican unos con otros a través del tiempo y de las posiciones sociales”.⁹⁷

No es la “magia” del nacionalismo lo que torna “el azar en destino” sino la necesidad de vivir en sociedad y el empeño —repito con Ahmad— de “un sentido de lugar, de pertenecer, de algún compromiso firme con nuestra clase, género o nación...”⁹⁸ Y esto se logra “a pesar de la desigualdad y la explotación que pueden prevalecer...”⁹⁹ En otras palabras, esa comunidad que es la nación es contradictoria y arrastra una carga de disparidades e injusticias, es decir, es histórica. Pero se mantiene unida horizontalmente —y a la vez en lucha consigo misma— por su “carácter compartido”.

⁹⁶ Anderson, *op. cit.*, p. 11.

⁹⁷ El planteamiento es de Joan W. Scott respecto a la identidad de las mujeres. Ver su ensayo “Fantasy Echo: History and the Construction of Identity”, *Critical Inquiry*, vol. 27 (Winter), 2001, p. 287.

⁹⁸ Ahmad, “The Politics...”, p.14.

⁹⁹ Anderson, *op.cit.*, p. 7.

La libertad es siempre libertad para el que piensa diferente.

Rosa Luxemburg¹⁰⁰

Imaginar la nación no es negarla sino definirla como realidad, interrogarla como problema y desecharla como comunidad igualitaria, solidaria y libre. Importa, pues, seguir las pistas de Piqueras y precisar cómo se logra el equilibrio entre estado y nación, y por qué, a menudo, se quiebra el balance y se potencian la desigualdad y la opresión. Y no dejar que el “olvido” y el “error histórico”, señalados por Renan al pensar en los silenciados orígenes violentos de la nación, sean aliados de la nación-estado.¹⁰¹ Es una hipótesis más prometedora que la fúnebre conclusión de Anderson: “...la biografía de la nación arranca [de los cementerios] suicidios ejemplares, martirologios conmovedores, asesinatos, ejecuciones, guerras y holocaustos. Pero para servir el propósito narrativo, estas muertes violentas deben recordarse / olvidarse como nuestras”.¹⁰²

Ante ese parte forense de la nación, prefiero la nación de voces plurales, sin nacionalismo de esencias eternas y puras, un nacionalismo de verdades pero no de las reveladas, y una identidad tolerante que “se realiza en su diferencia”.¹⁰³ Una patria donde la cultura, el deporte y las grandes familias no sean, por sí solos, sinónimos de la nación soberana; donde lo nacional no enmascare lo colonial ni triunfe el capital sobre las necesidades y las aspiraciones humanas. Y cuando estemos a punto de perder la fe en esa y otras utopías, recordemos el antídoto de Kafka: “Nos echaron del paraíso, pero el paraíso no fue destruido”.¹⁰⁴

¹⁰⁰ Citado por Eduardo Galeano, “Cuba duele”, *La Jornada*, 18 de abril de 2003.

¹⁰¹ Ernesto Renan, *¿Qué es la nación?* Trad. y estudio preliminar de Rodrigo Fernández-Carvajal, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, p. 83.

¹⁰² Anderson, *op. cit.*, p. 206.

¹⁰³ Rafael Rojas, *Isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami, Ediciones Universal, 1998, pp. 220 y 223.

¹⁰⁴ Citado por Díaz Quiñones, *op.cit.*, p.23.